

*Constitución Política de Colombia*, Imprenta Nacional de Colombia, 1996.

Decreto 01 de 1984, *Código Contencioso Administrativo*, Colección Códigos Básicos, Legis, 2000.

Corte Constitucional: Sentencia C-087 de marzo 18 de 1998.

Proyectos de ley 030 de 2001 Cámara; 048 de 2001 Cámara (acumulado); 287 de 2002 Senado, “por medio de la cual se desarrolla el artículo 73 de la Constitución Política de Colombia para garantizar el ejercicio del periodismo y se dictan otras disposiciones”.

Asociación Colombiana de Facultades de Comunicación Social (Afacom): Ponencia presentada ante la Comisión Sexta del Senado, el 10 de octubre de 2002.

Foro: “Ley de periodismo: ¿Protección o censura?”, Neiva, septiembre 27 de 2002. Pronunciamento de periodistas, docentes y estudiantes de Comunicación Social y Periodismo del Huila, dirigido al Congreso de la República.

*Declaración Universal de los Derechos Humanos*, Artículo 19. Disponible en [www.un.org/spanish/aboutun/hright.thm](http://www.un.org/spanish/aboutun/hright.thm)

Sociedad Interamericana de Prensa. *Banco de Datos de Ley de Prensa. Colombia*, Colegiación y exigencia de título universitario. Disponible en [www.sipiapa.com/espanol/projects/laws-col.cfm](http://www.sipiapa.com/espanol/projects/laws-col.cfm)

JELÉN, Marcelo: “*Colegios Profesionales: Periodistas Contra el Muro*”. Disponible en [www.saladeprensa.org](http://www.saladeprensa.org)

## Los cronistas se parecen a quienes investigan insectos

José Alejandro Castaño Hoyos

**The chroniclers are viewed as those who investigate insects**

### Summary

Facing the vicious circle in which the Colombian press has been caught by trying to cover news in the same way as did the radio and television reporters, the author proposes to the newspapers to go back to something which once was one of its fundamental paradigms, i.e. recover the chronicle for narrating stories about the news or about daily life. He defends the work of the newspaper analyst as the only person who can make the reader “smell the smell” of the places of the news, know the details of the events. He also can make the reader see and understand the facts in a different way, see into the psychology of the characters involved in the information... He points out that the absence of stories is one of the reasons why readers reject newspapers and, consequently, do not buy them.

**Key words:** Journalistic chronicle, written media, news coverage

**Los cronistas se parecen a quienes investigan insectos**

### Resumen

Ante el círculo vicioso en el que cayó la prensa colombiana de hacer cubrimientos periodísticos similares a los de la radio y la televisión, se propone a los periódicos volver a lo que fue uno de sus paradigmas fundacionales: recuperar la crónica para contar historias sobre los hechos noticiosos o de la vida cotidiana. Defiende la labor del cronista como el único personaje que le permite al lector sentir los olores en los lugares donde ocurrieron las noticias, conocer los detalles de los sucesos, presentar otra forma de ver y entender los hechos, penetrar en la psicología de los personajes involucrados en las informaciones... Plantea que la ausencia de relatos es una de las causas por las cuales los lectores no encuentran sentido a los periódicos actuales.

**Palabras clave:** crónica periodística, prensa escrita, cubrimiento noticioso

### José Alejandro Castaño Hoyos

Periodista, egresado de la Universidad de Antioquia (Medellín). Autor del libro *La Isla de Morgan*. Mención de Honor en el concurso mundial de periodismo de la Universidad de Columbia, de Nueva York, en 2002. Miembro del equipo periodístico del diario *El Colombiano* (Medellín) ganador del Premio Rey de España, 2002. Premio Latinoamericano de Literatura Casa de Las América, 2003, en la categoría de Narrativa Testimonial.

**Correo electrónico:** [comunicaenv@epm.net.co](mailto:comunicaenv@epm.net.co)

Texto presentado en la jornada *Crisis del periodismo, crisis de democracia*, de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Autónoma de Bucaramanga (UNAB), el 18 de febrero de 2003, con motivo del Día del Periodista.



## Los cronistas se parecen a quienes investigan insectos

Hace tiempo se sabe, ante el auge de los medios electrónicos y la cada vez más poderosa maquinaria televisiva, que el único recurso que le queda a los medios escritos para sobrevivir es innovar su manera de abordar el cubrimiento de los acontecimientos y, sobre todo, descubrir historias individuales que permitan entender fenómenos sociales complejos.

Y aunque los periódicos suelen enviar a sus jefes de redacción y editores generales a seminarios internacionales en los que les repiten eso una y otra vez, la mayoría de los medios aún no parecen convencidos e insisten en negarle espacio a las historias con el manido argumento de que la gente no lee y que, en consecuencia, en vez de botar papel y tinta en narraciones largas, lo mejor es disponer fotos que *ambienten*.

Esa lógica hace que lo más raro en los periódicos de hoy sean las buenas historias contadas sin apuros de espacio. Por el contrario, lo común es tropezarse con textos miniatura, ornamentados con fotos a color y gráficos para facilitar la comprensión de los lectores. Uno de los prejuicios más difundidos en las salas de redacción es que quienes compran los diarios son seres incapaces y que hay que pulverizarles el plato informativo como las mamás hacen con las papillas de los bebés recién destetados.

Sólo a los informes económicos o a las entrevistas, sobre todo a aquellas que les representan un efecto beneficioso a los propietarios del medio, se les otorgan páginas enteras, y más si de ellas depende, digamos, que un familiar de la casa editorial sea nombrado en algún cargo importante. Las historias, aún las que le han representado un enorme riesgo al periodista y evidencian una reportería notable, se deben resignar con espacios menores, limitados todavía más por las fotos voluminosas y los gráficos tipo resumen.

Esa elección equivocada le cuesta lectores a los diarios, que llevan años perdiéndolos. Ninguna estrategia de mercadeo parece funcionar lo suficiente: enciclopedias por fascículos, rifas de vehículos y viajes a Tierra Santa, cupones recortables con los que se obtienen rebajas en restaurantes o se reclaman vajillas en almacenes de cadena; nada. Las cifras de lectores y suscriptores descienden tan aceleradamente como los dígitos en el altímetro de un avión en caída.

Lo curioso es que, insisto, aunque conocen el diagnóstico y la receta que poco a poco les recobraría la salud, los periódicos aún no se deciden del todo.

Incluso en el cubrimiento de hechos de impacto nacional, cuando la ruidosa inmediatez de la radio y la televisión deja fisuras que podrían aprovecharse con historias bien contadas, los periódicos se equivocan.

Después de que los canales privados informan hasta el cansancio los detalles de un atentado terrorista en una calle de Medellín, por ejemplo, muestran imágenes del cráter dejado por el carro-bomba, hablan con los testigos del ataque y entrevistan a los familiares de las víctimas y luego, como si ya no fuera bastante, repiten el paquete completo en las emisiones nocturnas, los diarios tienen el desatino de titular sus informes al día siguiente con elementos envejecidos, sin ningún atractivo: "Atentado terrorista deja 12 muertos en Medellín", algo que el peatón más despistado ya sabe y que, incluso, puede precisar sin ayuda del periódico, especificando detalles sobre el sitio, la hora, el explosivo utilizado, el modelo del carro y hasta las características físicas de los sospechosos.

Es ahí, cuando todo parece ya saberse, que los medios impresos deben mandar a sus mejores cronistas a que recuperen historias debajo del alud informativo, a que se paren donde los camarógrafos, en su afán de mostrar escombros con restos de sangre y cabellos, no se paran; a que olfateen y prueben lo que el corresponsal, en medio de las presiones de su director en Bogotá por sacarle al aire cada media hora así no tenga nada nuevo qué decir, no puede olfatear ni probar.



¿Qué tal, imaginemos, que el cronista logra precisar que en una de las propiedades que el impacto afectó funcionaba un jardín infantil desalojado una semana antes porque su directora descubrió alacranes en el techo?, ¿que uno de los vecinos afectados por la onda explosiva es un judío que huyó de Israel por el temor a un atentado dinamitero?, ¿qué, a pesar de los destrozos, las ventanas de una de las oficinas derruidas quedaron con los vidrios intactos y que allí atendía consulta un odontólogo que en sus ratos libres trabaja como mago en fiestas de cumpleaños?, ¿que una de las personas que milagrosamente sobrevivió al impacto es un gamín a quien todos en el sector apodan Mala Suerte?.

Claro, la edición del periódico que decide apostarle a las historias también debe tener reseña de los detalles del atentado, hacer eco de las voces de rechazo y mostrar un gráfico de ubicación; pero su fuerte, el mayor espacio, lo destinará al relato de los detalles ocultos que su cronista descubre.

### ¿Cómo, entonces, rescatar historias?

Yo creo que la labor de un cronista es similar a la de un entomólogo cegatón que, provisto de lupa, sale al patio donde otros corren a buscar huellas de coleópteros. Distinto ocurre con la mayoría de los reporteros de televisión, que actúan como operarios de aplanadoras. Una vez en el sitio de la noticia instalan sus cámaras, luces y antenas satelitales con un afán que a veces pone en riesgo la estabilidad de las casas y edificios que la tragedia natural o el atentado terrorista no echó abajo.

Los asistentes técnicos y enviados especiales de los canales privados tienen, hay que reconocerlo, una habilidad sorprendente para sobreponerse al dolor de las víctimas y exigir conexiones de luz y teléfono a los sobrevivientes, incluso cuando dichos elementos escasean y son prioritarios para los organismos de socorro. Y no es exageración: quienes hemos cubierto tragedias nacionales para medios escritos

hemos visto el arribismo de los canales privados por hacerse a las primicias que ocasiona la guerra. Los directores de los medios llaman desde Bogotá al comandante del Ejército presente en el sitio y lo conminan a transportar a su periodista y camarógrafo en los helicópteros que parten en dirección de la zona de la noticia. Lo hacen con firmeza, apelando al nombre de los accionistas mayoritarios del canal, siempre amigos personales del presidente de la República o del ministro de Defensa. El efecto resulta tan contundente que ante la mirada de los demás reporteros, el grupo de elegidos parte en exclusiva.

La labor del cronista, en cambio, es más silenciosa y respetuosa, menos farandulera, más humana, si se quiere. No arremete, no pregunta cuando el herido o el familiar de la víctima se niegan a hablar y se concentra en el silencio de los rostros, la suela de los zapatos, las gotas de sudor o el ruido del viento sobre las cabezas de quienes yacen. Todo resulta provechoso para el cronista: los casquillos de las balas, las grietas en los muros, los ojos de los niños, las colas de los perros, la sombra de las nubes, hasta la barahúnda de los reporteros de televisión.

Creo que eso es lo que no han logrado ver del todo quienes dirigen los periódicos: que la competencia de los medios escritos no es con la televisión y con su habilidad técnica para convertir las tragedias nacionales en transmisiones de fútbol. La competencia de la prensa es consigo misma, con su miedo para contar historias bien narradas, no importa qué tanto espacio requieran.

Jamás he logrado leer un periódico económico. Pienso, con todo respeto, que nada de la información que contiene lo reconcilia a uno con la vida o lo pone a pensar sobre el mérito de la amistad, la familia, el agua limpia, la sinceridad o los besos prolongados. Salvo quienes negocian en dólares o calculan en la bolsa de valores la cuantía de su existencia, necesitan esa información como algo vital. El resto de la gente anhela historias, narraciones en las que pueda verse a sí misma o a su entorno. Por eso los periódicos dejaron de ser



necesarios y ahora se pueden cambiar por telenovelas, idas a cine y, quién lo creyera, hasta por noticieros de televisión.

Un buen periódico y, sobre todo, un buen cronista, saben que las grandes historias son suma de suerte, talento e insistencia y que sin alguna de ellas la cosa no marcha. Ningún revés, y en el periodismo son tan frecuentes como los choques en el automovilismo, justifica el desaliento de los medios o de sus comunicadores por investigar buenas historias.

La cosa es que, de seguir así, los diarios tendrán que conformarse con que los sigan comprando un raro tipo de personajes, cada vez más escasos en nuestro medio: los lectores de prensa.

## La resistencia mediática

Paco Gómez Nadal